ORACIÓN – 17 de abril de 2021

*P. Sergio García, msps*

Oración con los textos de la Misa: Hech 6, 1-7 y Jn 6, 16- 21

Jesús, buen día, muy buen día para seguir conversando contigo, guardando también un silencio respetuoso, atento para escuchar los latidos de tu corazón y seguir creciendo en el amor a la oración, a la fe en tu resurrección que me deja sin palabras. Tu evangelio me invita a la confianza.

Varias veces, mi Jesús, anunciaste tu resurrección, pero con un paso anterior que era como para pensarlo mejor por el rechazo, la denuncia y el propósito de darte muerte. La intuías, la esperabas, pero siempre añadías el final, tu final no fue la muerte, por ella llegará la resurrección. Y es eso lo que me deja sin palabras, sin saber qué decir, cómo colocarme frente a ti.

Pero no soy yo el que decide eso, eres tú mismo el que me pones ante tu Palabra, que me abre a la luz de la vida que se cuela por todos los rincones de mi existencia. No hay nada en mi historia que no esté antes visitado, inmerso en tu resurrección. El proceso será muy parecido.

Tu Palabra, mi Jesús, nos habla en la primera lectura de la eficacia de la primera evangelización. La primera lectura es la solución amorosa para superar los conflictos que van surgiendo en la comunidad: de ahí viene el nombramiento de los primeros diáconos. La segunda es la impresionante libertad de la evangelización que va haciendo lo que le es propio: convertir, cambiar, aceptar. Y se va abriendo el álbum de nuestra historia como Iglesia.

Por su parte, el evangelio abunda y sobreabunda la paz porqué tú, mi Jesús, estás siempre al cuidado de los tuyos. Pero no es una paz fácil, exenta de conflictos como sería más una vida que escurre miel; la paz que nos das tú a partir de tu resurrección es la de la seguridad de tu presencia viva en los lugares de conflicto con la capacidad de dar tu vida para resucitar vida.

Mi querido Señor Jesús, tú mismo entrabas en situaciones de difícil solución; tú mismo afrontaste la posibilidad de ser juzgado, condenado a morir e impresiona la paz que irradiabas en esos momentos tan llenos de dolor. Esa es la paz que tú das, nadie más puede hacerlo como tú.

En el evangelio de hoy encontramos uno de los momentos más difíciles vividos por tus discípulos envueltos en una tormenta que amenazaba engullirlos y meterlos al fondo del mar. Y ahí está tu presencia divina, tus palabras llenas de paz: “*Yo soy, no tengan miedo”*.

Es un evangelio modelo ya que todos vivimos momentos así y nunca nos faltará tu presencia sorprendente y pacificadora.

Mi querido Señor Jesús me gustaría comprender eso que proclama la liturgia con una afirmación basada en los hechos y no en ilusiones. Dice así: *“con esta efusión de gozo de pascua el mundo entero desborda de alegría”.* Sí, porque sabe que detrás de todos los dolores, los sufrimientos, las enfermedades y luchas por la vida terminan siempre en una correspondiente resurrección.

Porque tú has resucitado todo es posible, todo termina teniendo sentido, todo llega a su plenitud. Y, a veces, aunque no parezca tu última palabra es el triunfo de la vida nueva, ¡vaya garantía es tu resurrección!

El mundo entero intuye que en lo hondo de su ser está Cristo resucitado, vencedor del pecado y de la muerte y que por eso desborda de alegría; y puede escuchar: *“la paz sea contigo*”. En medio de la tormenta, de la amenaza de un hundimiento seguro, escuchar “*no tengan miedo, soy yo”,* y ver que todo es distinto.

Después se encuentran ya en la orilla, la travesía ha terminado, la aventura ha concluido con una presencia misteriosa pero real, se cambia el peligro de muerte por la seguridad de una vida nueva.

Por eso, mi Jesús, se va a dar una larga conversión que, por una parte, interpreta la historia de Israel en el desierto; por otra parte, afirma la providente presencia de tu Padre que dio de comer a tu pueblo y ahora te da a ti para que seas comido, alimento que da vida eterna.

Tu declaración es contundente: *“Mi cuerpo es comida y mi sangre es bebida. El que come mi cuerpo y bebe mi sangre, tendrá vida eterna”.* Aquí, mi Jesús se da no el experimentar para creer, sino el creer para poder experimentar la novedad creadora de tu misma vida.

Hace una semana, mi Señor Jesús, proclamamos tu resurrección; pero no la dejamos ahí, nos la hemos traído con nosotros porque será la posibilidad de lo que iremos viviendo en este mundo. Tu resurrección es garantía de mi propia resurrección; tu resurrección es posibilidad de creación antigua y nueva; tu resurrección es explosión de gratitud por el triunfo permanente de la vida sobre la muerte.

En esto de tu resurrección, mi Jesús, hay dos relatos evangélicos diferentes pero complementarios. El de san Juan el día mismo en que te manifestaste resucitado y soplaste sobre ellos y les dijiste: *“reciban al Espíritu Santo; a quienes les perdonen los pecados les quedarán perdonados, a quienes se los retengan les quedarán retenidos”.* Es el Pentecostés de san Juan.

La otra tradición nos la da el evangelista san Lucas: *“Cincuenta días después de la Pascua, estando todos reunidos en oración con María, vino un viento impetuoso que llenó toda la casa y lenguas como de fuego que se depositaron en cada uno de ellos y todos quedaron llenos del Espíritu Santo.* Es el Pentecostés de san Lucas.

El primero es punto de partida para vivir todo el tiempo de pascua. El Segundo hace del tiempo de Pascua una gran y hermosa preparación para recibirlo el día de Pentecostés.

Jesús, simplemente creo y creemos todo. Y ya con la fe como el primer regalo empezaremos a crecer en la comprensión de este misterio tan hermoso. Sólo la fe nos hace recorrer el camino o en otras palabras “caminamos porque creemos en ti, mi Jesús”.

Querido san José, enséñame amar a Jesús como tú lo amaste, con corazón de padre; así se prolongará en nuestra historia tu obediencia como fruto de tu grande fe. Amén.